

## La crónica del crimen

No sé por dónde empezar. El inspector Arveja, de la policía, me encargó que escribiera en un cuaderno una especie de diario, lo que él llama «la crónica del crimen». Pero si empiezo hablando de él y de mi tarea, me dejaré lo ocurrido antes de que él llegara al colegio a investigar, y la crónica estará incompleta.

Antes de que estallara el escándalo del crimen del Triángulo equilátero, que fue ya entrado el curso, al inicio de la primavera, un nuevo alumno llegó a nuestra clase, la Teide.

El novato se llamaba Tomás Nago y venía de América, quiero decir de los Estados Unidos de América, y eso ya le hizo interesante a los ojos de todos. Se trataba de un muchacho que, si no hubiera sido porque llegaba de América, no habría despertado demasiada curiosidad. Las chicas le consideramos

bastante atractivo, potable, según Nuria Carro, que en seguida se fijó en él. Los chicos, indiferentes los primeros días, descubrieron después que era un buen deportista y le animaron para que jugara con ellos en el equipo de fútbol, aunque el entrenador decía que primero tenía que adaptarse al juego del conjunto. Felipe Noriega, el capitán del equipo, opinaba que el novato solo era bueno en béisbol o fútbol americano, que yo no sé si son lo mismo porque nunca los he entendido. El recién llegado no había jugado al fútbol, a nuestro fútbol, en su vida como Dios manda, y decían que antes de jugar tenía que aprender.

Es difícil ser aceptado nada más llegar a un sitio, sobre todo cuando ya existe un grupo de amigos que llevan tiempo juntos, muchos cursos. Y, al principio, Tomás Nago debió de sentirse algo aislado. En estos casos, los profesores hablan siempre de integración. Yo creo que es más sencillo que integrarse o no: hay gente que te cae bien y otra que te cae fatal. Y todavía más: hay personas abiertas o cerradas, tíos transparentes o tíos con misterio, con mal fario. Tomás Nago no caía muy bien, era cerrado y parecía ocultar un misterio.

Era más bien alto, de cara amable, ojos que a mí me parecían tristes, y una sonrisa que no sabías nunca si era de timidez o de desprecio. A Nuria, eso de los ojos tristes le pareció de lo más atractivo. Le llamaba «el bello Nago». El profesor de literatura nos había explicado qué significaba «la parte oscura de la belleza». O sea, traducimos en seguida las chicas, «la belleza del mal». ¡Uauuu!

Puesto que vivíamos en el mismo barrio, a veces coincidíamos en la vuelta a casa, acabada la jornada escolar. Así que conocí a Tomás Nago, y nos hicimos amigos. Amigos de curso y de vuelta de colegio, nada más.

¿De qué hablábamos Tomás y yo en el camino de vuelta a casa?

Si tuviera que decirlo como hacen en ciertas novelas que he leído, diría «de todo y de nada», pero esta fórmula me parece una excusa de mal pagador que no significa nada. Es una forma de salirse por la tangente, o de escurrir el bulto, o como se llame.

Charlábamos sobre todo de los trabajos escolares. Él era muy bueno en inglés y yo me defendía bien en matemáticas.

—¿Una chica buena en mates? —se reía.

—¿No serás un machista de esos que creen que las mujeres solo tienen cerebro para la literatura y las materias artísticas porque son más sensibles que los hombres? Y cuando dicen que tienen más sensibilidad quieren decir que poseen menos inteligencia.

—Era una broma. En América, las mujeres hace años que hicieron la revolución. Y he conocido a un montón de mujeres arquitectas, ingenieras, médicas..., incluso una gobernadora, la del estado donde vivíamos. Era una mujer, una «dama de hierro».

Me enseñaba las diferencias entre el inglés de Inglaterra y el inglés norteamericano, y otros detalles. Y yo le ayudaba a comprender los secretos de las matemáticas.

También le hablaba de Nuria y de alguna otra chica que le consideraba atractivo, y él se ruborizaba y me decía que de momento no le interesaba ninguna chica de la clase, pero me recomendaba que no dijera nada de eso a sus admiradoras.

¿De qué más hablábamos? Chismes de los profesores, claro. Opiniones sobre los compañeros,

naturalmente. Algún detalle sobre nuestras familias, seguro, aunque él no hablaba mucho de la suya, solo que habían llegado de América, en donde se habían exiliado después de la guerra. Y poca cosa más.

—¿Republicanos? —dije yo el día que me habló de eso—. Quiero decir que tuvisteis que exiliaros porque tu familia era republicana, los que perdieron la guerra, ¿no?

—Sí —precisó él—. Mi bisabuelo era republicano y tuvo que exiliarse. Era un buen artista, pintor y escultor. Mi abuelo se quedó a vivir aquí con unos tíos hasta que, más tarde, todos tuvieron que refugiarse, primero en México y luego en Estados Unidos.

—¿Tú naciste allí?

—No. Nací aquí. Mi padre sí que nació allí porque mi abuelo se casó con una americana. Pero mi padre, en cambio, se casó con una española que estudiaba en Estados Unidos. En fin..., mis padres pasaban los veranos aquí y yo nací en esta ciudad. Mis padres siempre pensaron que algún día regresarían al país que la familia se había visto obligada a abandonar.

¿A qué se dedicaba su familia? Negocios, es todo lo que le saqué. Y puesto que habían dejado negocios en marcha allí, sus padres viajaban constantemente. Importación y exportación, que era como comprar y vender. O sea, nada. Un día precisó que tenían galerías de arte aquí y en América. Así pues, compraban y vendían obras de arte, siguiendo de algún modo la tradición del bisabuelo artista.

¿Jugaría algún día con los equipos deportivos del colegio? Tomás Nago se encogía de hombros y decía que él jugaba al béisbol, que aquí es muy minoritario, y que no sabía si sería tan bueno en fútbol, el deporte estrella de los chicos del colegio. Las chicas éramos muy buenas en baloncesto y natación.

Nuestro colegio, le recordé, era famoso en la ciudad por la atención que ponía en los deportes. Habíamos sido campeones en muchas disciplinas, incluso en campeonatos internacionales. Eso de disciplinas lo decían siempre los profesores de deportes y gimnasia. El profesor de deportes era también el entrenador de fútbol de los chicos y se llamaba, o le llamaban, Víctor Makoki. Los profe-

sores de gimnasia eran los hermanos Tomate, mellizos, y también les llamábamos monitores. A veces, los monitores ayudaban al entrenador, puesto que Víctor Makoki era el jefe del departamento. Juana Canasta era la entrenadora de baloncesto de las chicas, y nos contaba que eso de llamar disciplinas a los diferentes deportes lo había aprendido de un célebre profesor, ya jubilado, que se llamaba Max Hort y que había mamado la disciplina en Alemania, que tiene fama de ser el país más disciplinado y ordenado del mundo. Yo no me creo eso de que todos los alemanes sean como robots, pero es la fama que tienen.

Un día, Tomás me pareció preocupado, como si quisiera contarme algo y no se atreviera.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Nada. Cosas mías.

—¿No quieres decírmelo?

Entonces sacó una carpeta de la mochila y me la mostró sin decir nada. Con el dedo señaló un escrito hecho con rotulador en el que ponía «¡Extranjeros, fuera!» y más abajo, otro con letra más pequeña, que decía «No queremos traidores».

—¿Cuándo te has dado cuenta?

—Hace un par de días. Solo saco la carpeta en las clases. Tiene que haber sido alguien del colegio.

—No lo entiendo. No creo que ningún compañero sea tan bestia como para hacer eso.

Tomás hizo un gesto de resignación, como queriendo decir «pues, ya lo ves».

—¿Quieres que averigüe quién ha podido ser?

—No. Mejor no decir nada. Esperemos a ver qué pasa.

—Avísame si hay novedades.

Examiné de nuevo la carpeta: estaba llena de rasguños y manchas de tinta y un par de adhesivos de unos grupos de rock. En uno de los ángulos había un triángulo trazado con tinta azul.

—¿No la cambiarás por otra nueva? —No sé por qué lo preguntaba.

—No. Quiero dejarla como está, como si no me hubiera dado cuenta.

—¿Los adhesivos y el triángulo del rincón ya estaban?

—Solo los adhesivos y las manchas de tinta.

—¿Y el triángulo, qué significa?



Tomás repitió el mismo gesto de resignación.

—Una tontería para divertirse. Un garabato.  
Yo qué sé.

No volvimos a hablar del tema porque a los pocos días se cometió el primer crimen, para utilizar el lenguaje del inspector Arveja.

Y después del crimen, se formó el comité de investigación, en palabras del director del colegio, Matías Cienfuegos. Comité del que tuve que formar parte porque aquel curso los compañeros me habían elegido delegada.

Cuando el inspector Arveja me pidió que llevara un diario —una crónica, dijo— de todo lo que ocurriera, me contó que, en otro caso que había resuelto en un colegio, el método le había dado muy buen resultado. Quería que anotase cada día lo que escuchara o viera, ya fuera en la comisión, en clase, en el recreo, en los entrenamientos o en casa.

Que anotara todo lo que me pareciera interesante —él dijo «significativo»— para descubrir a los criminales. Que él me pediría la crónica, escrita en un cuaderno, en cualquier momento o al final

de las investigaciones. Que no era preciso que los compañeros supieran nada del diario. Que podía escribir libremente todo lo que pensase.

Y esto es lo que estoy haciendo.

Pero si empezaba a escribir desde el momento del encargo, dejaría fuera todo lo ocurrido antes, cosas que después habrían de resultar muy... significativas. Porque el inspector no acudió hasta un día o dos después del primer delito. Es normal que los policías lleguen cuando ya se ha cometido el crimen. O sea, que siempre llegan tarde, cuando ya no hay nada que hacer.